

DRIBURADA DE

LA VANGUARDIA

DIONISIO RIDRUEJO, EN SU GENERACION (2)

La libertad les habitaba

SIEMPRE he tenido la impresión de que en su poema «Mensaje a Azorín, en su generación», Dionisio Ridruejo se buscaba a sí mismo. No busca los versos; se le van viniendo, y a través de ellos se encuentra poco a poco. Diríase que los va recorriendo —al escribirlos—, quizá como si para él mismo fueran una sorpresa, mejor una revelación. Y en ellas se va mirando; al ir dibujando esforzadamente las figuras casi antiguas, va encontrando su rostro en esas líneas que no pretenden ser un autorretrato.

No busca a Azorín solo. Lo encuentra vivo, superviviente, encargado por la muerte de los otros escritores de representarlos, de resumirlos. Al ir la muerte anegándolos, cubriéndolos, se han ido refugiando todos en el pico emergente, en la longevidad de Azorín. Allí encuentra Dionisio a toda la generación —y a algunos colindantes, adheridos a la misma empresa, como Maragall hacia arriba o Juan Ramón hacia abajo.

Y del mismo modo, Dionisio no se busca aislado, más bien trata de salvarse en su propia generación. «Yo soy yo y mi circunstancia —escribió Ortega el año de mi nacimiento—, y si no la salvo a ella no me salvo yo.» Y la generación es la circunstancia más próxima del hombre histórico.

Ridruejo necesita jóvenes a los hombres del 98. En su vejez no le podrían servir de modelo ni quizá de consuelo. Pero esto prueba que es un poema de la madurez: el joven no se siente joven, y por eso la juventud «profesionalizada», convertida en «clase», es poco juvenil. Dionisio, al ir a dejar de serlo, vuelve los ojos a la juventud de los hombres del 98:

Eran jóvenes: con las manos del que aún es ciego y no se engaña tantearon bajo la hiedra el quebranto de la muralla.

Y agrega en un paréntesis aclaratorio, «justificativo», que revela su íntima preocupación:

(Siempre en los cuentos es un joven el que despierta o desencanta, devolviendo su forma al rostro y su verdad a la palabra.)

La preocupación de España, que ellos sintieron, que mi mujer sintió e historió en ellos, jovencísima, el afán de veracidad, la implacabilidad ante la pobreza, la vanidad, el hueco, el deterioro:

Eran jóvenes: con piquetas de las que minan hacia el alba iban probando el arnés huero, la nave rota, el caz sin agua.

Pero Dionisio, de vuelta de un culto a la acción que había terminado en la destrucción más estéril, escritor y no «activista», tenía bien presente la misión, la inmensa eficacia de la palabra, su función salvadora. Por eso escribe estas dos estrofas esenciales:

• Golpeaban como perdidos hasta el umbral de las entrañas. Donde la herrumbre les cedía empujaban la voz. Nombribani

Tormes, Manrique, Melibea, Guadarrama, Miguel, España, librando carne tierna y rosa, árbol en flor y fuente clara.

Y así sigue recorriendo el camino de los hombres del 98, «sinceradores de sus sueños» —verso revelador—, deteniéndose en la evocación de cada uno de ellos, con caracterizaciones de acierto infalible. Libertad y verdad, expresadas juntas por la palabra: la misión del escritor sobre la tierra:

En libertad airadamente, la libertad les habitaba, haciendo al hombre verdadero de luz eterna ensimismada.

De libertad hasta los huesos su clamorosa bocanada oreaba la vasta ruina como el rumor de una campana.

Y sigue repitiendo el mismo tema, la juventud en el naufragio, entre la pobreza y la falsedad, la juventud que no desmaya:

Eran jóvenes; el naufragio de gleba pobre y alma vana les embotaba sordamente la voz vibrante y solitaria.

Pero volvían obstinados con recreante brisa al alba silabeando España, siéndola de libertad y de mañana.

Y, volviendo los ojos a sí mismo, a sus compañeros, pedía a Azorín el superviviente —«tú que has vivido para verlo»— que mirara a «otros jóvenes, sangrientos y derrotados ya». Tras la generación del 98, en su espejo, la suya, la muestra, la de los nacidos entre 1909 y 1923 según mi cuenta, con algún

hermano de la anterior formando «constelación» con ella, acaso con algún que otro fronterizo vuelto a la anterior, gravitando hacia ella.

Es la generación que hizo físicamente la guerra civil, es decir, que la padeció, que le dio sus cuerpos y a veces sus almas. No la que la inventó, ni la planeó, ni la quiso, ni la desencadenó, ni la dirigió, ni se lucró de ella —salvo excepciones esenciales a la «inexactitud» de lo humano—. Por eso, y siempre con las debidas excepciones, la ha superado, la ha liquidado en el fondo del corazón, ha hecho la paz, a pesar de cuanto se ha hecho, y se siguen haciendo, para que esto sea imposible. Es admirable cuántos amigos republicanos tenía Dionisio, cuánto lo están llorando. Y no porque, como los oportunistas, se hubiese pasado al otro lado —nunca lo hizo—, sino porque había ido más allá de ambos lados, a la concordia restablecida de una vez. Naturalmente que esta no es posible más que en la libertad y desde ella, esa misma que habitaba a los hombres del 98; no en la desigualdad, el rencor, la servidumbre, la exclusión mantenida; ni en la promesa de otra dictadura nueva, fresca, recién estrenada, dispuesta otra vez a eternizarse.

Algún día quizá podrá escribirse un poema con los nombres —sin necesidad de apellidos— de los compañeros de generación de Dionisio Ridruejo, el primero de los más notorios que se ha ido llegando a la madurez, no de los que se marcharon a destiempo, en plena juventud, sin llegar por eso a la fama o apenas la habían rozado, como Miguel Hernández. ¿Cuáles serán? Dionisio, al acabar su poema, repetía sus palabras mágicas, aplicándolas esta vez a sí mismo y a los suyos:

Eran jóvenes: los más jóvenes ya van subiendo hacia sus canas y todavía hacia un castillo con todo el mar en retirada.

Eran jóvenes y os repiten —tú lo confirmas cuando aguardas— porque es verdad, y todavía, la tierra, el pueblo y la mañana.

Si queréis saber cuáles serán esos nombres, buscad en torno vuestro: aquellos que no han mentido, los que han querido —o por lo menos han vuelto a querer— la libertad, los que han sentido que su tiempo había empezado con Azorín y los suyos, los que no han podido siquiera imaginarse desprendidos de España; los que se van acercando a la vejez o entrando en la muerte de manera que al volverse hacia ellos no haya más remedio que decir: «Eran jóvenes».

Julián MARIAS

EL LITORAL Y SUS DIENTES

PASEO POR LA PLAYA

YO creo que, en este aspecto, hemos salido ganando, y bastante. Lo digo por las playas. Las playas sirven, entre otras cosas no sé si más importantes, para ver cómo «es» la gente sin ropa, o sin demasiada ropa. Cuando llega el verano, la tentación del sol y del mar se hace perentoria, y las familias con algunos posibles procuran de la doble oportunidad de baño: el tueste y el chapuzón. Sin duda, todavía hay cantidades inmensas de personas que no están en condiciones de permitirse tal lujo. Pero no resulta menos obvio que el litoral está lleno de clientes. Según parece, la cosa es muy saludable, y, de paso, se descansa, o se juega al tenis, o se intenta un «ligue», o si se aburre uno, se aburre de otra manera. En todo caso, lo obligado es desnudarse. Para el bronceado y para meterse en el agua, simplemente para ir de un lado a otro, los vestidos sobran. Y se los quitan. Hubo un tiempo, no excesivamente remoto, en que la autoridad —civil, eclesiástica— ponía pegas a este desahogo indumentario, en nombre de algo que llamaban «moral». Ahora la situación es notoriamente distinta, y sospecho que la «moral» aludida sigue como siempre, más o menos, o no es ahí donde sufre mayores desperfectos. Porque, en última instancia, la dosis de exhibicionismo y de «voyeurismo» que se entromete en el asunto es mínima. Lo que el vecindario desea es librarse de sus habituales fundas textiles, aunque sólo sea por un par de semanas, y sentir su piel en contacto con una intemperie benigna...

Y repito: se observa una progresiva ventaja en el espectáculo de los cuerpos circulantes o tumbados. Hasta hace poco, la impresión era casi negativa. Desde luego, los individuos jóvenes —chicas «en flor», muchachos esbeltos— nunca han sido problema. La edad lo es todo, o casi, en eso de la belleza física, en el supuesto de que la palabra «belleza» sea la

exacta. El drama comenzaba con los adultos. Los adultos solían tender, a menudo, a la obediencia. Las señoras fondonas, de carnes flácidas e invadentes, y los caballeros barrigudos y de músculos cómicamente deformados por el sedentarismo, constituían la nota dominante. No se trataba de «viejos», por supuesto. Los ancianos no cuentan. Eran ciudadanos y ciudadanas todavía «presentables», en función de sus años, y que, sin embargo, ofrecían una figura lamentable. Ciertamente, el hombre no fue creado por Dios para ser contemplado por semejantes: los teólogos, al indagar la economía de la Providencia, nunca han hablado de este detalle, que yo sepa. Pero también puede pertenecer al área de las «obras de misericordia» —a la «caridad» elemental— el evitarle al dichoso prójimo la ultrajante estampa de las adiosidades decedidas o desafortunadas. Y no menciono la eventualidad esquelética, porque no pertenece al reino de las playas. Las multitudes hambrientas, o subalimentadas, no suelen acudir a la placida cita estival. Los gordos predominaban.

¿Se han fijado ustedes que cada vez hay menos gordos —gordos y gordas— en las playas? Es una lástima que los profesionales de la estadística no se dignen descender a estas aparentes minucias. Quizá es porque aún no han hallado el sistema práctico de «cuantificar» la afluencia costera en términos de «volumen» individual. O quizá porque desdeñen el dato. Muchas veces he sugerido que, para entender «lo que ocurre», no basta que economistas y sociólogos nos aturdan con sus cifras de la «renta per capita» traducida en pesetas o en dólares. Eso está muy bien —si está bien— y es esencial. Pero, hasta este momento, no he visto que nadie se haya interesado por puntualizar la «renta sexual per capita». ¡Como si eso fuese una tontería! Muy asno tendrá que ser un economista, si se olvida de este factor

«estadístico»: un sociólogo que lo descarte ya ni siquiera merecerá el dictado de asno, y convendrá buscarle una referencia mineral. La vida es muy compleja, huelga decirlo. El «empleo y sueldo» es básico. ¿Y lo otro no? Me afirmo materialista —bastante «histórico», ignoro si «dialéctico», pero tremendamente «biológico», y pienso en mi cuerpo y en el cuerpo de los demás como protagonistas de la modesta aventura de vivir, de seguir viviendo, cada día, mientras haya suerte. La «renta per capita», para ser global y justa, habría de abarcar la salud, el placer, la sonrisa. La salud la calculan por las cifras de nacimientos y defunciones. Y sanseacabó.

No es de mi incumbencia, sino de los economistas, de los sociólogos, de los historiadores, el valorar lo acontecido en la «evolución de las playas», y no precisamente en números de turistas. Insisto en la visible y vistosa disminución de las «gorduras». La clase veraneante —qué «clase» es—, cuando invade las playas, ya se ve considerablemente «fina». La ventripotencia masculina ha bajado de nivel, y las suegras «precapitalistas» también van de retirada. Los masajes, las saunas, los gimnasios, sin duda, colaboran en la operación. Y la dietética. El verano, con sus relajaciones, invita a comer más de lo debido y a comer —sobre todo— lo no debido: paellas, cerdos, parrilladas complejas, y lo que convenga al paladar concupiscente. Pero, en general, la «dieta» es lo que decide. La muchedumbre urbana, en cuando rebasa la frontera de la miseria suburbial, aspira a «no engordar». Los médicos le dan la razón, por aquello de las arterias el infarto y tantas amenazas más. A nadie le gusta morir antes de tiempo. Y menos que a nadie, a los ascetas. Los ascetas, de cualquier credo, siempre fueron unos tíos que sabían lo que se hacían: sus menús, vegetarianos, fueron sistemáticamente —e instintivamente— higiénicos.

Por eso algunos «padres del yermo» alcanzaron cotas matusalémicas, en su senectud. En la actualidad, la idea —disfrazada— se ha generalizado. Un nuevo ascetismo se ha puesto en boga: no el de la «mortificación» del cuerpo, sino el de la «vivificación» del cuerpo —para durar más...

Y, con esa graciosa confusión, entre «moral» y «médica», las playas se ven notablemente afectuosas, a pesar de la pululación balnearia. El panorama aparece poblado de anatomías espigadas, y una abuela neocapitalista, o meramente tecnocrática, es lo opuesto a la abuela rural o menestral. Lo mismo los abuelos. Un abuelo que pertenece al ramo de los «cuadros» se cuida, y hasta llega a presentar una facha jovial, dinámica, hipotéticamente donjuanesca... Cuando menos, esa es mi impresión. En la playa, hombres y mujeres se muestran en cueros, y han de mantener el tipo. Tal vez esa veleidad periódica de «salir» a la calle —a la arena— en bikini, en bermudas, en shorts, en calzones, o sin calzones, o como sea de moda llamar las prendas equivalentes al taparrabos, se deba, en parte, a la moda. No estoy seguro de que sea eso. O de que sea «sólo» eso. Prospera la noción de que «todos», con independencia de edad y sexo, nos debemos el respeto mutuo de no dañarnos la «vista» con un bulto aflitivo... Vamos consiguiendo ventajas, en este sentido. De año en año, los que paseamos por las playas con un aséptico ánimo de calibrar las diferencias, podemos certificarlo. La «especie» progresa: se hace más «bonita». Este «cuerpo humano» de las farmacias y los gimnasios, ya no es tan «gótico» como Manolo Hugué —gran fabricante de sapos, en escultura— le decía al Josep Pla...

Joan FUSTER

Modelos para
ANCIANO, ADULTO Y NIÑO
Plegables, extensibles
y fijas

Motociclos, aparatos mecánicos para Minusválidos, mandos especiales para toda clase de automóviles. BASTONES GRADUABLES



LIFANTE Sicilia, 113-Barcelona-13

Portugal

tan nuevo y tan cerca

En sus fines de semana o en sus vacaciones, visítenos. Le esperamos.

Ahora
a precios especiales.

Consulte a su Agencia de Viajes o en la Oficina de Turismo de Portugal.
DELEGACION EN BARCELONA
Ronda S. Pedro, 7. 2º. Tel.: 317.79.99